

Una contribución de García Morente al análisis filosófico de la teoría de la relatividad

Manuel Garrido

En 1938, estando ya Einstein instalado en la Universidad de Princeton, un amigo le pidió que informase favorablemente sobre la posibilidad de que esa Universidad contratase al filósofo alemán Karl Jaspers, que quería escapar con su mujer judía de la Alemania nazi. Einstein se negó alegando, según relata póstumamente Jaspers, que los escritos jaspersianos le producían, como los de Hegel, la impresión de estar leyendo a un borracho.

Puede que en los frecuentes desencuentros entre filósofos y hombres de ciencia intervenga por parte de éstos parecida impresión. En todo caso Einstein no era radicalmente alérgico a la filosofía como lo ha sido, por ejemplo, Feynman, por citar una gran estrella de la física de recientes décadas; ni tampoco compartió el mortal odio a la metafísica declarado por los hombres del Círculo de Viena, precisamente miembros del gremio filosófico. El creador de la teoría de la relatividad leyó en su juventud a Kant y a Hume y a su contemporáneo Ernst Mach; en su madurez elogió cálidamente el pensamiento de Russell y de Reichenbach; y su devoción por el sistema cosmológico y metafísico del gran clásico judío Spinoza es de sobra conocida.

La revolución científica de Einstein, dada a conocer como teoría especial (1905) y general (1915) de la relatividad, importaba serias consecuencias filosóficas. Como suele suceder cuando irrumpe un gran evento científico, los filósofos reaccionaron algo más tarde que los hombres de ciencia. El debate filosófico más sonado sobre la revolución relativista fue el sostenido por Einstein con Henri Bergson, uno de los pensadores mundiales más importantes de aquella época, y tuvo lugar ya iniciada la década de los veinte¹.

Desde varios años antes, sin embargo, una de las tendencias filosóficas aún dominantes entonces, la escuela neokantiana, muy interesada por el tema del conocimiento científico, trató de “fundar” conceptualmente la revolución física de Einstein instalándola en el marco global del *a priori* kantiano. El libro más inspirado a este respecto fue el publicado en 1921 por el relevante pensador neokantiano Ernst Cassirer con el título *La teoría de la relatividad de Einstein*. Su tesis era que si no se quería dejar la teoría de la relatividad en manos de un realismo empirista dogmático y acrítico, era necesario apelar al idealismo kantiano y guarecer a esa teoría en el referido marco de la síntesis

a priori. El propio Hans Reichenbach, uno de los líderes de la filosofía científica de aquellos años, llegó a compartir la tesis de Cassirer.

Este inteligente andamiaje fue, sin embargo, desmontado por la dura crítica de Moritz Schlick, luego fundador y líder del Círculo de Viena, en su recensión del libro de Cassirer. Schlick argumentaba que el dilema “o realismo empirista ingenuo o idealismo crítico” propuesto en aquel libro no era tal, porque cabe apelar a un término medio. Al negarse por un lado a aceptar que el conocimiento *a priori* pueda tener contenido empírico, y al alegar por otro que un empirismo que establezca críticamente sus principios por convención *à la* Poincaré era cualquier cosa menos ingenuo, Schlick vislumbraba un nuevo empirismo crítico o “neoempirismo” que es incompatible con la síntesis *a priori* kantiana y alberga en su seno la semilla de la nueva filosofía de la ciencia del siglo XX. Reichenbach abandonó al punto la tesis de Cassirer; y en carta de 10 de agosto de 1921 un deslumbrado Einstein escribió a Schlick:

Esta mañana he leído con verdadero entusiasmo su artículo sobre Cassirer. Mucho tiempo hacía que no había leído nada tan inteligente ni tan certero.

El recurso al convencionalismo para una interpretación filosófica de la teoría de la relatividad había sido ya adelantado por Schlick en un libro suyo de 1919, que se ganó la aprobación de Einstein y Reichenbach. Debemos a Manuel García Morente, educado igual que Ortega en la escuela neokantiana de Marburgo, el mérito de haber traducido esta perla de la bibliografía filosófica sobre la relatividad, enriqueciéndola con una batería de atinadísimos comentarios, de los cuales reproducimos una muestra.

NOTAS

¹ El físico Julio Palacios, uno de los más importantes conocedores españoles de la teoría de la relatividad y crítico acervo de la misma, no había leído el libro en que Bergson criticaba esa teoría y sobre el que Einstein había polemizado. Debo a la amabilidad del Profesor de Filosofía Moral en la Universidad Complutense Juan Miguel Palacios (hijo del pensador español Leopoldo Eulogio Palacios) el texto de una carta a él dirigida por el mentado físico que así lo documenta:

“Mi querido amigo:

Le trato con esta familiaridad porque le supongo hijo de mi admirado colega y vecino de mi mismo apellido.

Su carta me produjo gratísima sorpresa y le quedo muy agradecido por el libro de Bergson con el que ha tenido la bondad de obsequiarme. Lo conocía tan sólo por referencias, y ha de serme de gran utilidad el conocer el pensamiento del gran pensador francés para confrontarlo con ‘D. Ingenuo’.

Espero, ahora que estoy algo mejor de mi asma, terminar lo que tengo empezado, entre lo cual se encuentra el escribir los últimos artículos en *ABC* para reunirlos en un libro.

Un cordial saludo de su afmo s. s. y buen amigo, JULIO PALACIOS”.